

ROGELIO PRETTO

# La pareja y la igualdad de la mujer

**T**empo atrás llevaba el machismo masculino encima con cierto orgullo. Como muchos machistas, el grado de mi machismo era de los menos atropellantes; no era prepotente como el de ese que necesita sentirse dueño y señor de su pareja o de los súbditos de su familia o su trabajo. Tampoco era un machismo nacido de la inseguridad, como el de esos que rabian de celos cada vez que su mujer recibe una mirada de admiración de otro hombre...o, lo que es peor, que su mujer le dirige la mirada a otro macho que le resulta atractivo. Tampoco era como el de esos que cuando los puntos de vista entre el hombre y la mujer divergen, piensan que es el punto de vista del hombre el que debe regir en virtud de ser el macho supremo de la tribu...el que a la larga siempre tiene que tener la razón. (Bueno, confieso que de eso tenía algo). El rasgo más notable de mi machismo consistía en creer que tenía derecho a echar mis canchales al aire de vez en cuando... ¡Pero eso sí, que no se atreviera mi mujer a echar las suyas! ¡Eso sí que no!

Afortunadamente superé eso. Llegué a aceptar que el sentirse con más derechos que la pareja era irrespetuoso a su integridad. Con los años he podido apreciar en mi esposa, y en otras mujeres como ella, aspectos que son enormemente interesantes y admirables. No dejo de estar asombrado por lo mucho que aún sigo aprendiendo de las virtudes femeninas. También aprecio físicamente a la mujer interesante, por supuesto; pero es su inteligencia, su capacidad de sobrellevar adversidades, su sabiduría intuitiva, su innata disposición para ser compasiva y proveedora del mejor de los cuidados lo que sobresale como admirable conjunto de virtudes.

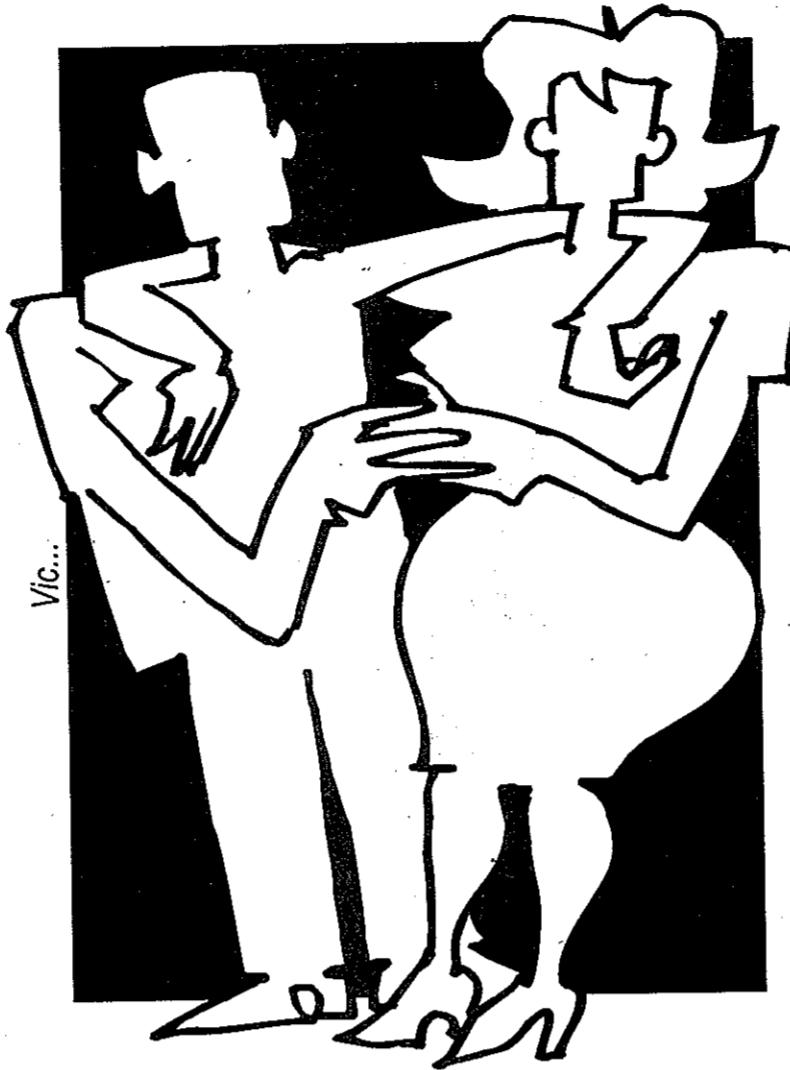
Son estos sólidos valores de carácter que aporta la mujer, los que exigen que sea considerada y tratada como igual por parte de su pareja. Lo que me trae al tema.

¿Cuándo el compañero considera a su mujer en un plano de igualdad? ¿Cuándo la mujer se hace reconocer como igual ante su pareja? La anécdota que sigue es real. La cuento y allí la dejo. Ustedes sabrán cómo digerirla.

Una mujer panameña que comparte raíces familiares con mi esposa visitaba en Miami a un pariente. Su marido la acompañaba. Los conozco desde hace muchos años. Al principio, mi esposa y yo nos relacionamos con ellos socialmente. Hoy día nos distancia comprensiblemente una gran cantidad de factores. Pero, aunque el tiempo ha ampliado nuestras diferencias, les tengo un especial afecto porque traen a la memoria años jóvenes muy felices. Por eso, son siempre especiales los momentos en que la vida me ofrece encontrar en el camino a viejos amigos. El reencuentro con esta pareja para intercambiar un ratito amistoso en honor a los viejos tiempos era uno de esos momentos.

No me movía hacia esta mujer un atractivo físico, por lo que la dinámica de nuestro reencuentro no estaba afectada por ese magnetismo fisiológico que a veces se da entre personas (cuestión de química, ya saben). Pero es una señora atrayente por su inteligencia y conocimiento de la política.

En esta ocasión ella nos visitó sin el marido. Muy pronto nos sentimos a gusto y abordamos el tema de la política. Endara era presidente, y ella estaba vinculada a los asuntos gubernamentales. Admiré su temple intelectual, ingrediente que hace atrayente a una mujer. No estaba enfocada en su vanidad, lo cual era refrescante.



Habríamos hablado por horas, pero teníamos que reunirnos con los otros familiares y su marido. En la casa de los familiares, el marido se veía cómodo en *T-shirt* sin zapatos, con el control remoto de la TV en mano, echado sobre un sillón reclinable de esos que se ajustan con una palanca. Dos parientes de edad avanzada charlaban insignificancias sentadas en el sofá mientras sostenían su mirada hipnóticamente fija en la pantalla de la televisión. El televisor cambiaba de imágenes con frecuencia, respondiendo al mando del control remoto que sostenía el marido. Después de los saludos y besitos de rigor, decidí saludar con un apretón de manos al marido. Era obvio que prefería no levantarse, y lo vi tan cómodo y atento al televisor que lo hice desistir de lev-

tarse para intercambiar el abrazo protocolar, que era palpable que no sería de corazón. No encontré necesario que se levantara en obediencia a la costumbre de darse un saludo de abrazo. Hice, en cambio, un intento de entablar conversación con él, pero decidí servirme un trago y regresar con la esposa al tema de la política.

Ella estaba más que dispuesta a seguir el tema. No sé en qué bendito aspecto del tema político nos enfrascamos, pero nos adentramos en una de esas polémicas en las que hay una entrega total y no un cruce de egos, en el que uno poco escucha al otro esperando la oportunidad de poder hablar. Aquí había un matrimonio de energía intelectual.

De pronto, en medio de la conversación, oigo al marido que interrumpe nuestra conexión con un "¡Fulana! (La llama por su primer nombre, el cual no mencionaré por razones obvias), tráeme una Coca Cola".

Mi esposa, quien me conoce desde hace treinta y tantos años, sabe que para mí es irritante que me interrumpan en medio de una conversación intensa. De ser interrumpido, espero al menos que sea por una buena razón.

Me provocó decirle: "levántate y busca la Coca Cola tú mismo". Sin embargo me dije: "no te metas en lo que no te incumbe. Allá su mujer". Conociendo el buen temple y vasta inteligencia que representaba esta mujer, por ahí le venía, seguramente, una buena respuesta.

¿Qué creen que le contestó la mujer? Antes de seguir, diré que esta simple anécdota encierra el espíritu del principio de la igualdad de la mujer en una relación de pareja. En actos pequeños como este se comprueba lo parejo del terreno de juego en una relación. En mi caso, el haber logrado domar (en la medida en que he podido) mis impulsos machistas, no se debió solo a proponerme hacer un legítimo esfuerzo por representar los principios que pregonaba respecto a la igualdad entre los sexos, sino a que mi esposa se propuso reclamar sus derechos. Ella quería que el principio de la equidad y la transparencia se manifestaran en nuestra relación aceptándola y respetándola a ella como igual. En otras palabras, que respetara su integridad como persona así como yo quería ser respetado.

Yo supe que para merecerme su amor y respeto, tenía ante todo que honrar esos principios. Por supuesto, ella tendría que honrar los míos también, pero ya ella lo había venido haciendo desde hacía mucho tiempo. Me tocaba a mí hacer el ajuste necesario para que se nivelara el asunto.

Los resultados de mi esfuerzo por nivelar la relación con mi pareja me permitieron ver el asunto de esta mujer y su marido así: Si yo hubiera sido él, no habría interrumpido a mi esposa. Por el contrario, habría visto con admiración la manera en que se desenvolvía intelectualmente ante Rogelio y ni siquiera se me hubiera ocurrido interrumpirlo; tal vez me sintiera motivado a participar en la discusión. Y si yo hubiese sido ella, una mujer que yo consideraba de buen temple y de generosidad de espíritu, una mujer que no toleraba el machismo pero que, obviamente, quería a su marido y le tenía consideración, le habría dicho: "Ay, lo siento mi amor, búscala tú porque estoy en medio de una conversación interesantísima. ¿De paso me traes una a mí, *please*, mi amor?"

La mujer se levantó y, sin decir ni pío, fue derecho a buscar la Coca Cola para el marido.